

Si los pescadores de Kiel hubieran tenido la práctica de sus compañeros septentrionales la presa habría sido mas abundante.

En todas las islas del norte se procura desde las épocas mas remotas hacer encallar los globiocéfalos que se acercan á tierra. Ya en el antiguo *Koenigsspiegel* (Espejo de los reyes) se encuentra una descripción algo confusa de la pesca. «El Sild Reiki ó Fisk Reiki, dice este libro, ahuyenta á los arenques y demás especies de peces en gran multitud desde la alta mar hácia tierra, con lo cual presta al hombre gran utilidad en vez de perjudicarle, cual si fuese destinado por Dios expreso para ello. Los lleva consigo, y los pescadores aceptan con gratitud el regalo celeste que les ofrece el mar; pero cuando se promueven disputas ó pendencias y se vierte sangre en el mar, hace retirar á toda la manada de peces, privando así á los habitantes de las islas del beneficio tan necesario para ellos.» Solo por noticias muy posteriores se ha sabido lo que quiere decir el antiguo libro con la frase *verter sangre en el mar*. Graba, concienzudo naturalista, ha descrito en un relato, tan exacto como interesante, la pesca del delfín negro en las islas Feroe: véase cómo se expresa:

«El 2 de julio se oyó de repente por todas partes la palabra *grindabud*: los marineros de una canoa acababan de descubrir una manada de delfines negros; en un instante se pusieron en movimiento todos los habitantes de Thors-haven; todos pronunciaban aquella palabra, pintándose en aquellos semblantes la alegría y la esperanza de comer bien pronto abundantemente. Las gentes corrían por las calles cual si se temiese un desembarco de los sarracenos; algunos botaban sus canoas al mar; armábanse los otros de cuchillos balleneros; por un lado se veía una mujer corriendo detrás de su marido para darle un pedazo de carne salada á fin de que no padeciese hambre; en otra parte caía un hombre al agua por precipitarse demasiado. A los diez minutos se habían hecho á la mar once canoas, montada cada una por ocho hombres; los remeros se habían desnudado para manio-brar mejor, y las ligeras embarcaciones se deslizaban con la rapidez de la flecha por la líquida superficie. Nos dirigimos á casa del gobernador, cuya barca estaban preparando, y entre tanto subimos con él á lo alto del fuerte para ver dónde se hallaban los delfines. Con ayuda del antejo reconocimos dos canoas que los indicaban: elevóse al mismo tiempo una columna de humo sobre un pueblo inmediato, y despues otra en una montaña vecina; por todas partes se veían señales parecidas, y toda la ensenada se llenó en un momento de embarcaciones. Pasamos luego á la barca del gobernador, y bien pronto nos reunimos con los pescadores: vimos entonces los cetáceos, al rededor de los cuales trazaban las canoas, en número de veinte ó treinta, un vasto semicírculo, separadas entre sí por una distancia de cien pasos; estrechaban á los delfines y ahuyentábanlos hácia la bahía de Thorshaven. Véase claramente una cuarta parte de aquellos animales: tan pronto aparecía una cabeza lanzando al aire una columna de agua, como una aleta dorsal, ó el lomo de un delfín, que procuraba romper la línea. Arrojábanles piedras y pedazos de plomo atados á una cuerda; si los cetáceos se dirigían hácia adelante, seguíanlos con tal rapidez, que se rompían los remos; y donde se notaba el menor desórden, ó donde se apartaban demasiado las canoas, presentábase la barca del gobernador, que habria aventajado en celeridad á un caballo lanzado á galope.

» Cuando los delfines estuvieron tan cerca del puerto que ya no podían escapar, volvimos nosotros á tierra: la playa estaba atestada de gente, deseosa de presenciar el magnífico espectáculo que les ofrecía la próxima matanza, eligiendo un buen sitio para verlo todo bien de cerca.

» Al acercarse los delfines á tierra, comenzaron á inquietarse; estrechábanse unos contra otros, y no se cuidaban ya de las pedradas y golpes de remo; pero las canoas avanzaban siempre, estrechando su círculo, y las infelices víctimas que sospechaban el peligro, entraban lentamente en el puerto. Llegados al Westervaag, los cetáceos no quisieron ya dejarse conducir de aquel modo como un rebaño de carneros, é hicieron ademán de volverse. Aquel era el instante decisivo: pintóse en todos los semblantes la inquietud, la esperanza y el deseo de matar; resonó por los aires un grito inmenso, salvaje y terrible, dominando todos los rumores, y se lanzaron todas las canoas sobre los delfines. Los anchos arpones herían á los animales que se hallaban demasiado léjos para destrozar alguna barca de un coletazo; los cetáceos avanzaban con increíble rapidez; seguíanles sus compañeros, y bien pronto quedaron todos encallados en la playa.

» Entonces fué aquello una cosa horrible de ver: los marineros lanzaron sus canoas en medio de los delfines, á los que golpeaban furiosamente: las personas que se habían quedado en tierra penetraban en el agua hasta la cintura, y hundían en el cuerpo de los animales heridos unos ganchos atados á largas cuerdas; tiraban de ellas tres ó cuatro hombres, y una vez el delfín en tierra, cortábanle el cuello. En medio de su agonía, golpeaban los cetáceos el agua con su cola; las olas del puerto se tiñeron de sangre, que corría en forma de arroyos; y así como el soldado pierde todo humano sentimiento en el ardor de la pelea, convirtiéndose en un animal feroz, así aquellos pescadores se volvían frenéticos y temerarios á la vista del rojo líquido. En un reducido espacio se oprimían treinta canoas, trescientos hombres y ochenta delfines, muertos ó vivos. Todo eran gritos y agitación: con el traje, el rostro y las manos cubiertos de sangre, los pacíficos habitantes de aquellas islas parecían mas bien caribes de los mares del sur, desprovistos de todo indicio de compasión. No obstante, un delfín acababa de matar á un hombre de un coletazo, destrozando una canoa, por cuyo motivo procedieron los cazadores con mas cautela en la carnicería. Ochenta cadáveres cubrían la ribera; ni un solo animal había escapado.

» Con gran asombro de todos los insulares, la pesca fué feliz, aunque se hallaban entre los circunstantes el pastor Gad y varias mujeres embarazadas: creen aquellas gentes que los delfines se alejan cuando divisan un pastor y por eso le ruegan que se quede detrás. Es otra de sus creencias que los cetáceos no pueden sufrir á las mujeres en cinta, por lo cual fueron varios pescadores á pedir al gobernador que las mandase retirar. Aquella vez, á pesar del pastor y de las mujeres no escapó ningun delfín: por lo regular se deja huir á uno para que vuelva con otros.

» Sucede con frecuencia que los delfines no se dejan pescar así, sobre todo cuando son numerosos: las piedras que les tiran no bastan para obligarles á volver; pasan sobre las canoas é inutilizan todos los esfuerzos de los pescadores. Otras veces, gracias á la imprudencia y al ardor de los perseguidores, consiguen escaparse los cetáceos aun cuando se hallen dentro de una bahía; si los pescadores comienzan el ataque demasiado pronto y no consiguen de una vez que salgan los delfines á tierra, estos vuelven al mar y no se acercan ya á la ribera; cuando no tienen la cabeza vuelta hácia la playa y ven huir á los que están heridos, para internarse mar adentro, les siguen tambien presurosos. Si cae la noche antes de terminarse la pesca, las canoas forman un semicírculo á la entrada de la bahía y se encienden hogueras; los delfines creen que es la luz de la luna, dirigiense hácia aquella parte, y permanecen tranquilos hasta por la mañana, en que sigue la matanza su curso.

» A veces se escapan los animales porque no estaba todo preparado para la pesca; á fin de evitar semejante contratiempo, el gobernador y los síndicos proceden á inspeccionar todos los años las canoas, en el mes de junio, y se castiga á los que no tienen las suyas en buen estado.

» Despues de un descanso de una hora, se recogen los cadáveres de los delfines, se aprecia su valor y se marca en la piel con cifras romanas. La repartición se hace proporcionalmente, segun el terreno que cada uno posea, lo mismo que se practicaba en remotos tiempos. Medido y tasado cada cetáceo, sepárase el diezmo, el *findlingsval*, ó delfín de descubierta, el *madval*, ó delfín para comer, y el *schadental*, ó delfín de perjuicios; se designa asimismo la parte correspondiente á los guardas, señalándose tambien la repartición de gastos y la parte para los pobres.

» El diezmo se divide en tres porciones, una para la iglesia, otra para el párroco, y la tercera para el rey ó su representante. El *findlingsval* pertenece á la canoa que ha descubierto los delfines; su valor es variable, correspondiendo la cabeza al marino que primero divisó los cetáceos. El *madval* es un pequeño delfín que se destina para que coman de él desde luego todos los asistentes; el *schadental* se vende en seguida, y el producto sirve para pagar las averías ocasionadas durante la pesca; la parte de los guardas es la suma que se paga á los hombres que vigilaron durante la noche, guardando los delfines hasta la hora de la distribución. El resto se divide en dos partes, que corresponden, una á los feligreses de la parroquia en cuyo terreno se hizo la pesca; y otra á los habitantes del país. Cada pueblo tiene cierto número de canoas; cada una de estas su tripulación, y el botín se divide entre aquellas. Apenas resuena el grito *grindabud*, envíanse mensajeros á todos los pueblos que tienen derecho á la distribución; estos mandan sus embarcaciones, y si no han llegado veinticuatro horas despues del repartimiento, ó cuarenta y ocho á mas tardar, se vende su parte en pública subasta, aplicándose el producto á la caja de los pobres. Procédese así porque los delfines se descomponen á los dos días y ya no se pueden comer.

» Hecha la repartición se descuartizan los animales; se comienza por quitar las aletas, y luego se corta el cuerpo por la mitad. Se desprende la grasa en tiras de un pié y medio de ancho; se hacen tajados de carne de cuarenta á cincuenta libras, y se aparta luego el hígado, el corazón, los riñones y las partes mas delicadas, del gusto de los insulares.»

Solo excepcionalmente se pesca en alta mar el globiocéfalo; los pescadores que aun esperan mejor presa no le persiguen, y solo algun buque se ocupa accidentalmente en darle caza. Para esto se procede poco mas ó menos como con los demás cetáceos, con la diferencia de que cada lancha elige una víctima, reuniéndose todos los esfuerzos para dispersar la manada. El globiocéfalo suele manifestar gran terror al ver á sus adversarios, y la misma estupidez que cuando encalla en la costa; se aleja lentamente en todas direcciones y ofrece así ocasion á sus perseguidores para lanzarle el arpon. Muchas veces sucumbe al primer golpe y en caso contrario le rematan pocos mas. Raras veces sucede que un individuo se precipite contra alguna lancha, pero aun entonces solo ocurren desgracias excepcionalmente. Apenas muerto el globiocéfalo cae á la profundidad y se le deja allí hasta terminar la pesca; márcase el sitio con alguna señal y se continúa persiguiendo á otros individuos, regularmente con tanta suerte, que se coge un número bastante considerable de la manada.

USOS Y PRODUCTOS.—«Este animal dice Graba, es muy útil: por término medio produce cada delfín una cantidad de aceite que representa un valor de cuarenta francos;

poco mas ó menos; se come la grasa y la carne, frescas, saladas ó secas; y cuanto mas reciente es la segunda, mejor gusto tiene. Yo la he comido con placer, y me pareció por su sabor carne de buey; pero la grasa es muy desagradable. Cuando los habitantes de las islas Feroe han comido por espacio de quince días carne fresca de delfín, su rostro, sus manos y su cabello parecen untados de grasa. A las cuarenta y ocho horas no se puede comer esta carne, porque produce vómitos.

» Con la piel de las aletas se hacen correas para los remos: el estómago sirve para fabricar los odres en que se conserva el aceite; el esqueleto se aplica á diversos usos. En cuanto á los intestinos, única parte del animal que no se utiliza, se cargan en las canoas y se arrojan al mar para que se pudran en la ribera.»

LOS SOPLADORES—TURSIOPS

CARACTÉRES.—Los sopladores, ó *tursiops*, son delfines grandes y fuertes, que tienen el hocico prolongado en forma de pico, puntiagudo y distintamente separado de la frente; hállanse provistos tambien de una fuerte aleta dorsal y dientes numerosos, fuertes, cónicos y lisos.

EL SOPLADOR COMUN—TURSIOPS VULGARIS

CARACTÉRES.—El soplador comun ó vulgar (fig. 316) es un gran cetáceo, fuerte y vigoroso, que mide de 3 á 5 metros de largo; sus aletas pectorales son cortas, escotadas en su borde posterior y con su extremo obtuso; la caudal es de regular tamaño; en cada mandíbula lleva de 21 á 24 dientes: el lomo y los costados son negros ó de un pardo negro; el vientre de un blanco puro.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Este cetáceo se halla en todas partes desde el Océano Glacial hasta el Mediterráneo; no abunda en punto alguno, y solo se le ve en reducidas manadas de seis á ocho individuos.

En el de las Indias y en el mar Rojo le sustituye una especie afine, que es el *busalam* (*tursiops aduncus*).

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Los sopladores se acercan á las barcas pescadoras y las rodean, exactamente lo mismo que las marsopas. Su ligereza y agilidad son notables, pues dan muy pronto la vuelta á un buque de vapor cuya marcha sea de catorce millas inglesas por hora. Cuando amenaza tempestad se les ve saltar como aquellas, y en el período del celo se lanzan por encima de la superficie del agua. Por lo demás son poco conocidas sus costumbres: ignórase cuál sea la época del apareamiento y cuánto dura la gestación; solo se sabe que la hembra pare en invierno uno ó dos pequeños, y que los cuida como los demás cetáceos.

PESCA.—Se pescan los sopladores con arpon ó se les mata con carabina. En mi última excursion por Abisinia, el duque de Coburgo tiró contra algunos *abusalem* que rodeaban nuestro buque: el agua se tiñó de sangre: el animal herido se revolvió varias veces, y salió lentamente á la superficie. Todos los demás permanecieron cerca del cadáver, con la sana intencion de devorar á su compañero, segun nos dijeron los tripulantes.

LOS DELFININOS—DELPHININA

CONSIDERACIONES HISTÓRICAS.—Llegamos al género que ha dado su nombre á la familia, á los delfines propiamente dichos, animales que fábulas y leyendas han celebrado á porfía. Un delfín fué el que fascinado por los divinos cantos de Arion, llevó en su lomo al poeta y le

libró del furor de los marineros, trasportándole al Cabo Tenaro.

¿Quién no ha leído en Plinio la historia de aquel delfín que, agradecido á un muchacho porque todos los días le daba pan, tomó la costumbre de conducirlo diariamente á su escuela á través del lago Lucrino, volviéndole á llevar á su casa del mismo modo? Cuando el muchacho murió, dice el autor latino, volvió el animal todos los días al mismo sitio, y bien pronto dejó de existir por la pena que le causaba la muerte de su amigo. En opinión de los antiguos, los delfines ahuyentaban á los barbos hácia las redes de los pescadores, y agradecidos estos, les daban pan mojado en vino. Habiendo encadenado á un delfín en el puerto cierto rey de Caria, sobrevinieron muchos de estos animales, que con sus señas rogaban al monarca dejase en libertad á su compañero, lo cual no pudo rehusarles. Plinio refiere también, muy formalmente, que los jóvenes delfines van siempre acompañados de uno viejo, el cual les sirve de preceptor. Dicese que se han visto varios de estos animales llevarse el cadáver de uno de

los suyos á fin de que no fuera devorado por otros habitantes del mar.

No solo considera Gessner exactos los detalles anteriores, sino que añade también otros muchos, hablando algo de «la dignidad de los delfines y del gran aprecio que merecen.»

«Con razón se llama y considera al delfín como rey y soberano del mar y de las aguas á causa de su gracia, rapidez, fuerza, astucia y agilidad, por cuyas cualidades el rey de Francia, y algunos otros príncipes y soberanos, tienen la figura de este animal en su escudo y le representan en muchas monedas de oro y de plata, así como en cuadros y banderas. El primogénito del rey de Francia lleva el nombre de Delfín, y tiene también la imagen de este cetáceo en su escudo, observándose igualmente su figura en muchas monedas de los emperadores romanos, como por ejemplo, en las de Augusto, Tiberio, Rufio, Domiciano y Vitelio; hállese también en las de los griegos y de la mayor parte de los reyes. En ellas se representa á los delfines retozando, saltando ó apareándose, y en una moneda se ve una figura por ambos lados.

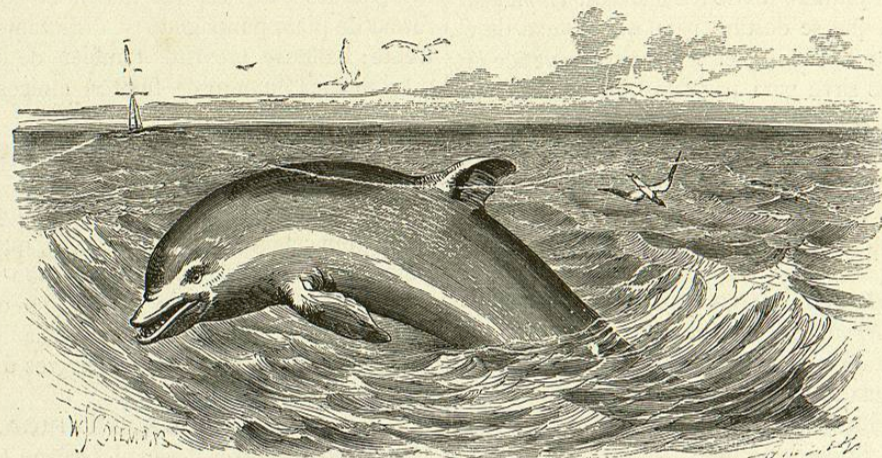


Fig. 316.—EL SOPLADOR COMUN

»En la moneda del tiempo de Tito Vespasiano se ve una ancla entrelazada con un delfín, lo cual significa la rapidez y la admiración; en otros casos el delfín significa el mar, la soberanía sobre el agua, el trato gracioso con niños, el amor celoso, el cariño, etc.»

CARACTERES.—La cabeza es relativamente pequeña; el hocico prolongado en forma de pico, y tan largo como la parte del cerebro; las mandíbulas están provistas de dientes muy numerosos y cónicos que no caen; las aletas pectorales se hallan en los costados, en el primer quinto de la longitud del cuerpo; la aleta dorsal se eleva en el centro del lomo; la caudal es bastante grande y tiene la forma de media luna.

EL DELFIN COMUN — DELPHINUS DELPHIS

CARACTERES.—Este cetáceo, llamado también *tonino*, puede tener una longitud de dos metros por 0^m,30 de altura desde la aleta dorsal; las pectorales miden 0^m,55 á 0^m,60 de largo, por 0^m,15 á 0^m,18 de ancho. La cabeza es relativamente pequeña y ocupa la cuarta parte de la longitud total del cuerpo; la frente es algo abovedada y sepárase marcadamente del hocico por un surco transversal y una protuberancia membranosa; el hocico, de regular longitud, bastante prolongado, del todo recto, y aplanado por arriba y por abajo, afecta la forma de pico; los ojos, hundidos, con pupila en figura de corazón, están bastante separados de los ángulos de la boca; las orejas, excesivamente pequeñas, se hallan detrás de los ojos; y en medio de estos últimos se ve el orificio de las fosas nasales.

El tronco es más bien recogido que prolongado, fusiforme, redondeado en la parte anterior y comprimido lateralmente en la posterior; la aleta dorsal, estrecha, alta, puntiaguda, abovedada en la cara anterior y bastante sesgada en la posterior, tiene por consiguiente forma de hoz; las aletas pectorales colocadas en el primer tercio del cuerpo son un poco más largas y estrechas que la dorsal; la caudal está dividida en dos lóbulos en forma obtusa, y solo se encorva un poco en el centro. La piel es muy lisa, y no solamente luciente, sino muy brillante con verdaderos colores; el lomo es pardo verdusco ó negro verdusco; y el vientre blanco como la nieve; en los costados se ven escasas manchas negruzcas ó parduscas.

El número de dientes varía mucho: por lo regular se cuentan de 42 á 50 en cada maxilar; pero se han cogido delfines con el asombroso número de 212 dientes; están dispuestos en intervalos iguales, de modo que los superiores encajan en los inferiores; su forma es prolongada, cónica, muy puntiaguda y un poco encorvada hácia adentro; los dientes aumentan en tamaño de adelante atrás hasta el centro, donde son muy largos.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—Este cetáceo habita todos los mares del hemisferio septentrional.

USOS, COSTUMBRES Y RÉGIMEN.—Por su género de vida se asemeja completamente el delfín á los cetáceos que acabamos de examinar; pero es más inclinado al retozo y más caprichoso: tan pronto se le ve en alta mar, léjos de todas las costas, como remontando los ríos.

Encuéntanse con más frecuencia los delfines en manadas

de seis á diez individuos: llegan hasta cerca de los buques, y retozan largo tiempo al rededor antes de seguir otra dirección. Se sumergen y remontan continuamente, y cada vez que se divisa sobre la superficie de las olas su oscuro lomo, oye un resoplido como de fuelle, viendo elevarse por el aire un surtidor de agua.

Nadan con una ligereza tan extraordinaria, que no solo siguen de cerca al vapor más rápido, sino que retozan al mismo tiempo á su alrededor, sin quedarse nunca atrás. Según mis propias observaciones nadan siempre á poca profundidad y en grupos compactos, siguiéndose unos á otros; algunas veces salta uno por encima del agua y vuelve de cabeza á la profundidad sin causar ruido, continuando después rápidamente su marcha. Loesche, confirmando mis observaciones, describe con mucha exactitud el alegre y gracioso retozo de estos animales. «Todo marino, dice, se regocija siempre al ver lo que ellos llaman una *escuela* ó manada de delfines, que formando como una larga procesion, nadan alegremente, saltando por las olas ágiles y rápidos, cual si se disputasen el

premio en una regata. Sus brillantes cuerpos trazan graciosos arcos de uno ó dos metros de alto sobre la superficie; sumérgense de cabeza, y saltan de nuevo repitiendo siempre los mismos ejercicios. Los más atrevidos del grupo dan volteretas en el aire, meneando la cola de un modo sumamente grotesco; otros se dejan ver de lado ó sobre el lomo, y algunos saltan verticalmente fuera del elemento líquido, brincando tres ó cuatro veces con ayuda de la cola sobre la superficie. Apenas divisan un buque que á todas velas marcha siguiendo el impulso de un ligero céfiro, cambian de rumbo y se dirigen hácia él. Describen anchos círculos á su alrededor, saltan por delante ó por los lados, vuelven atrás, y con loca alegría hacen gala de sus habilidades. Cuanto más rápidamente marcha el buque, tanto mayor es la locura de sus movimientos.»

Forman *escuelas* ó grupos de diez, cien ó muchos centenares de individuos. Loesche los ha visto en los mares de los trópicos en un número que quizás llegaba á muchos miles. La sociabilidad es un rasgo principal de su carácter, aunque

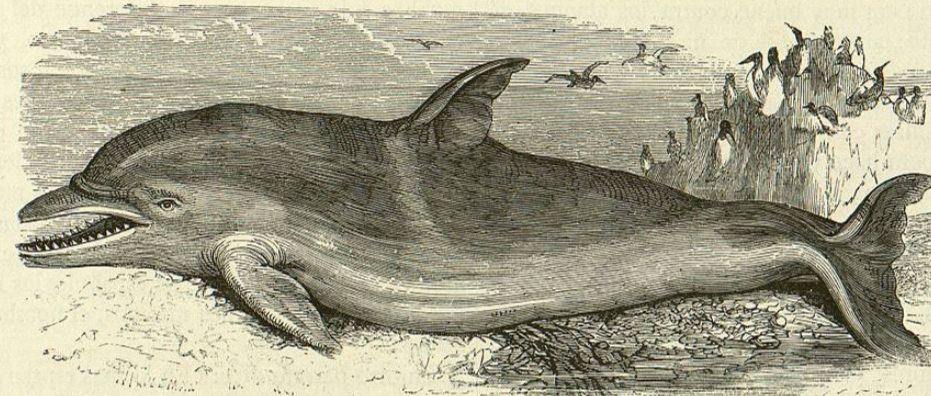


Fig. 317.—EL DELFIN COMUN

parece fundada más bien en el interés común, que en el cariño. Los antiguos creían sin embargo lo último, y hacían los mayores elogios del afecto de los delfines entre sí.

«Los delfines, dice Gessner, reproduciendo aquellas noticias, son muy sociables y profesan gran cariño, no solo á sus semejantes, sino también á sus hijuelos, á sus padres, á sus muertos y también á otros varios cetáceos, y hasta al hombre. Una prueba del gran cariño á su hijuelo es la circunstancia de que se aparean como hombre y mujer, viven siempre unidos, educan y alimentan á sus pequeños, y los acompañan y enseñan todo lo necesario para la vida. A veces se ven muchos juntos, y cuando se ponen en orden para la lucha, colocan á sus hijuelos á retaguardia; mientras que en sus viajes los ponen á la cabeza, siguiendo detrás las hembras y después los machos adultos, que se encargan de vigilar por la seguridad de la manada. Nunca abandonan á sus hijuelos, y aunque se hallen heridos por el arpon y arrastrados á la orilla, la madre les sigue para sufrir la misma suerte. Cuando los padres pierden sus fuerzas con la edad, los pequeños los alimentan y los ayudan á nadar.»

Parece, sin embargo, que no es todo como Gessner imagina. No puede negarse que los delfines son muy sociables y que á veces se defienden y protegen unos á otros; pero es muy dudoso que sus buenos sentimientos se antepongan en todos los casos á la voracidad, que en esta especie es superior á la de todos los demás delfinidos. El aparato dentario demuestra bastante que el delfín es uno de los más voraces carnívoros del mar.

Alimentase exclusivamente de peces, crustáceos, cefalópodos y otros animales del mar, persiguiendo principalmente á

las sardinias, á los arenques y peces voladores. El delfín es el que hace saltar á estos últimos fuera del agua, y con frecuencia se le ve siguiéndoles con toda su ligereza. Después de lanzarse tres ó cuatro veces, los peces voladores se fatigan y son presa del delfín: los bobos y otras aves marinas le ayudan en esta cacería; persiguen por el aire á los peces, y obliganles á sumergirse en el agua, donde les aguarda el carnívoro.

El apareamiento se verifica en otoño; á los diez meses pare la hembra un hijuelo, rara vez dos, que tiene de 0^m,50 á 0^m,60 de largo, al que cuida cariñosamente hasta que es bastante crecido. Hasta los diez años no son del todo adultos los delfines; y si hemos de creer á un antiguo autor griego, viven hasta ciento treinta años. Algunos pescadores que habiendo cogido delfines les hicieron un corte en la cola, dejándolos luego libres, aseguran que viven de veinticinco á treinta años.

PESCA.—La orca es para el delfín un enemigo más temible que el hombre, quien solo le persigue cuando carece de alimento fresco. Lo mismo hoy que en la antigüedad, merece este cetáceo el afecto del hombre; pero algunas veces se reúnen los pescadores, rodean con sus lanchas á una manada de delfines, como lo hacían los antiguos griegos; lanzan gritos y los ahuyentan hácia la ribera con objeto de obligarles á salir de su elemento para matarlos. Estos animales exhalan profundos suspiros durante su agonía.

También los balleneros que desean comer carne fresca, matan de vez en cuando un delfín, cuando retozan al rededor del buque. «Toda la tripulación, dice Loesche, se reúne en la proa, donde comienza á silbar alguna tonada para llamar á los delfines; y como á estos les agrada mucho la música,